

La punta extrema del exilio es la escritura

Casa Refugio Citlaltépetl

Philippe Ollé-Laprune

LA CASA REFUGIO CITLALTÉPETL surgió del encuentro de dos intenciones. Todo empezó en 1993, en un foro literario en Estrasburgo, Francia. Cuando éste concluyó un argelino dijo: “Yo voy a regresar a mi país mañana y lo más probable es que me maten; un festival como éste es interesante, pero no tiene nada que ver con lo que vivimos nosotros”. A partir de este comentario, sobre la marcha, se inventó un sistema que consistía en pedir a una ciudad que adoptara a un escritor en peligro, en oposición con los poderes de su país. Entonces la ciudad de Estrasburgo comenzó a otorgar una beca durante dos años para que esa persona tuviera tiempo para reorganizarse. En ese encuentro estaban varios autores importantes que decidieron apoyar el proyecto, y se conformó una asociación civil que se llamó Parlamento Internacional de Escritores. El nombre me parece un invento genial, porque da a entender que es una institución muy grande; viene de una frase de Gilles Deleuze, según la cual la obra de un escritor se rige por un parlamento integrado por los personajes que él inventó.

El proyecto comenzó a crecer, y se originó una red que se topó en México con una segunda voluntad decisiva para la creación de la Casa Refugio Citlaltépetl. En 1997 Cuauhtémoc Cárdenas fue electo jefe de gobierno del Distrito Federal; de inmediato tuvo contacto con un grupo de escritores

atentos a estas temáticas que conectaron este esfuerzo emergente con la tradición mexicana de acoger a los exiliados, que viene desde la política de Lázaro Cárdenas. El cruce de caminos hizo que Cuauhtémoc Cárdenas se interesara por integrar a la Ciudad de México a este esfuerzo internacional, pero no como una ciudad más. La idea era no sólo convertirnos en una ciudad refugio, sino fundar una casa que tuviera producción editorial propia y una presencia importante en la vida cultural.

Entonces yo trabajaba en la Embajada de Francia; me encargaba de la Oficina del Libro. Me invitaron a dirigir la Casa Refugio por varias razones: pensaba quedarme en México, conocía bien el mundo literario mexicano, tenía una presencia internacional, y los escritores eran mis amigos. Pero en ese momento rechacé la oferta.

El primer presidente de esta asociación fue Álvaro Mutis, y los escritores que la conformaban eran Carlos Monsiváis, Sergio Pitol, José Emilio Pacheco, Juan Villoro, Augusto Monterroso, Carmen Boullosa, Bárbara Jacobs e Ignacio Solares. Más adelante acepté, y comencé a dirigir el proyecto en 1998. La Casa se organizó tal como está ahora, y las instalaciones se inauguraron en septiembre de 1999, con una capacidad para recibir a dos escritores exiliados. Manejamos tres departamentos: dos para los autores en residencia y uno para gente de paso. En 16 años hemos recibido a 12 autores. Contamos con salas que permiten organizar desde seminarios muy pequeños de diez personas, hasta el foro que tiene capacidad para cien. También tenemos una revista, una página *web*; coeditamos algunos libros, podemos organizar seminarios, lecturas, presentaciones, coloquios, etcétera. Por el momento tenemos la Casa Refugio en la Condesa, la Casa África que está en el centro de la Ciudad de México, e inauguramos un espacio en Oaxaca. Albergamos la esperanza de abrir nuevos sitios en dos o tres ciudades de Sudamérica.

La idea es que la Casa Refugio no sea un espacio de residencia pasivo que reciba sin dar; desde el principio no lo fue. Algunos de los escritores que recibimos se quedan en México, de modo que también es parte de nuestro trabajo conseguirles empleo y ayudarles a entender la realidad mexicana. Algunos rechazan esta perspectiva y desde el principio dicen muy abiertamente que quieren un par de años de escritura, estar ahí, pero no meterse mucho. Hay quienes incluso no aprenden español. México es un país muy

generoso, así que el que quiere participar, participa. Así vive el proyecto, así nació y así se mantuvo, con una afirmación de ser un espacio muy internacional que puede incidir en asuntos mexicanos.

La Casa Refugio Citlaltépetl es una asociación civil que recibe presupuesto de la ciudad y de Conaculta, tanto federal como local. Mi sueño es que tengamos un 40 por ciento de autosustentabilidad con el restaurante y los diplomados que hacemos. Esta cuestión abre un buen debate: cómo, hoy día una asociación civil en México puede tener una política, un desarrollo independiente sin que las instituciones le impongan sus deseos, su voluntad. Trascender la cuestión personal, del “te doy tanto”, con un “no, institución, tú le diste a la asociación civil tal cantidad, no me la das a mí. Es dinero público, así que yo no estoy en deuda contigo; estoy en deuda con la sociedad. Tengo que darle conferencias, presentaciones, y rendir cuentas, por supuesto. Pero no me vengas a decir que debo obedecer órdenes tuyas”. Oficialmente nosotros presentamos un proyecto a prueba a las instituciones, firmamos un convenio y de ahí nos depositan dinero. No hay una relación de jerarquía. Esto es muy complicado de entender y aplicar en México, pero es la mecánica normal de la democracia, que va de abajo hacia arriba y no al revés. México es un país donde la gente se llena la boca con la palabra democracia, pero ¿qué significa ser democrático en el campo de la cultura?

Un tema muy importante en nuestro medio es conservar la independencia en el sentido real de la palabra, tomando en cuenta que la economía no funciona de esa forma. Si yo fuera una empresa privada tendría otra lógica, pero si tienes que tratar con dinero público e instituciones, aprendes a vivir en una suerte de contradicción, porque desde el Estado existe un doble discurso. Ellos se lavan las manos diciendo: “hicimos el proyecto, se comprobó”, pero la realidad es que hay un montón de leyes que están hechas para que abandones el camino. Si después de quince años sigues adelante, como es nuestro caso, tienes que escuchar esos discursos: “Yo te di tanto”. Estamos todavía en una economía muy alejada de un sistema democrático.

Hemos enfrentado dos dificultades cruciales. La primera es el dinero. Al principio, el 95 por ciento de los fondos provenían de la ciudad y un pequeño cinco por ciento del restaurante. Esto fue transformándose con los cambios de jefe de gobierno; algunos tuvieron interés, otros no; otros enemistad total. Hemos logrado con cabeza dura resistir a todo eso. Tuvimos que cam-

biar de economía, hicimos libros por encargo, trabajos, de todo, y siempre hemos logrado sobrevivir, sacar la cabeza del agua, e incluso crecer en términos de personal, de presupuesto, de presencia.

Además vivimos un cambio en el ámbito internacional, porque se disolvió el Parlamento Internacional de Escritores por varias razones: temas técnicos de presupuestos que no se asignaron donde se tenían que asignar, conflictos con instituciones como la Unión Europea, y problemas como que el Parlamento tenía una fama que venía de grandes nombres como Salman Rushdie, Wole Soyinka, Pierre Bourdieu, Jacques Derrida, Toni Morrison, Antonio Tabucchi y José Saramago. Era mucha farándula y había un discurso intelectual articulado. Sin embargo, entre ellos no estaban de acuerdo en todo. También se volvió un espacio de poder, algunos se quisieron apoderar del Parlamento.

Un año después, algunas ciudades empezaron a entrar en contacto, porque antes todo estaba muy centralizado, entre nosotros no nos conocíamos. Y nos reunimos en un encuentro muy extraño, muy divertido, en Stavanger, Noruega, para buscar si quedaba algo de la red. Existía el proyecto de reorganizarnos, aunque de manera distinta. Fue entonces que surgió la red actual, icorn (International Cities of Refuge Network). Yo fui uno de los cinco miembros fundadores. Hoy somos 52 ciudades. La red ha crecido bastante, pero no lo suficiente. Hay muchos escritores en problemas, yo estoy a cargo de América Latina y un reto para los años venideros será desarrollar la red en esta parte del mundo.

El sistema se organiza por medio de inscripciones y cumple con un programa mínimo, que implica recibir a un escritor, darle una vivienda, una beca, un seguro médico e involucrarlo en la vida cultural durante dos años a través de una persona que ocupa la mitad de su tiempo en ello. Es un proyecto muy flexible, práctico y bastante barato, entre comillas. Nosotros, en México, hicimos una locura, mucho más de lo requerido.

En la Casa Refugio tenemos que ver con la palabra escrita, con el mundo editorial y literario, con las revistas. Se presentan libros en la Casa Refugio, invitamos a sus autores a impartir conferencias. Hacemos un diplomado de edición con Sexto Piso. Hay otros ámbitos en la vida cultural del país con los que no logramos conectar muy bien. México tiene segmentos muy separados: el mundo de las artes plásticas está por ahí, el mundo del cine está por

allá, y eso es muy raro. No hemos logrado vincularnos, por ejemplo, con el mundo de los cinéfilos. Tampoco con el universo académico, que en general es inflexible. Esto es un poco un absurdo, pues hay gente, por ejemplo del Colegio de México, la unam o la Universidad Iberoamericana, que podría participar en nuestras actividades. La relación con 17, Instituto de Estudios Críticos es muy buena (provenimos del mismo horizonte), pero es una excepción: en general no tenemos muchos intercambios con el ámbito académico.

Lo que sí tenemos es contacto con un público lector al que le gusta la escritura, la lectura, el pensamiento, aunque tenemos problemas para salir de ahí. Hice, por ejemplo, un ciclo que consistía en invitar a artistas famosos a hablar de sus lecturas, lo cual me interesa mucho. La idea era tener a Gustavo Pérez, el gran ceramista, o a un arquitecto famoso hablando de cómo una lectura influye en su trabajo. Y nadie vino, el público quiere ver a Fernando del Paso hablando de su libro, pero no a Teodoro González de León hablando de sus lecturas.

Los frutos más importantes de la Casa Refugio Citlaltépetl se han derivado de la labor con los escritores. Unos han interactuado más que otros con la sociedad mexicana, pero casi no me arrepiento de la presencia de nadie. De los once que han venido sólo dos realmente no se vincularon con el país, pero el que estuvieran aquí fue útil para su vida. Les dimos años de producción, trabajo, distancia, y la tranquilidad necesaria para rehacerse. Eso es muy importante. Cuatro de los escritores que hemos albergado se han quedado en México, lo cual también es interesante.

También hemos dado pie a intercambios intelectuales muy afortunados. En la Casa Refugio se presentaron, por ejemplo, Édouard Glissant, Antonio Tabucchi, Gonzalo Rojas, quien quiso grabar aquí su disco de Voz Viva de México (en algún momento dijo que el lugar donde más le gustaba leer en México era éste). Un día, por ejemplo, animé un diálogo entre Álvaro Mutis y Wole Soyinka en Bellas Artes y al mismo tiempo tuve la conferencia de Svetlana Alexievich, la escritora bielorrusa que acaba de ganar el Premio Nobel de Literatura 2015. Había cuarenta personas nada más. Hay noches que vemos a doscientas personas aquí, otras en que sólo hay tres o cuatro. Hay altibajos, es difícil prever.

Entre los logros de la Casa Refugio está nuestra revista Líneas de Fuga, la única en español que ha publicado a autores de 48 países distintos. Ahí

propiciamos un diálogo con lectores que se encuentran con el cuento de un coreano o un angoleño y descubren un mundo en él, y te lo agradecen. Es interesante dar a conocer este material. No es muy espectacular, ni mediático, pero existe. Y también hemos hecho libros, entre ellos un volumen sobre París-México que reúne un trabajo de alrededor de siete años, e incluye a 48 autores. Habla de lo que somos, exiliados, de cómo las dos ciudades se han construido gracias a su presencia: los escritores rumanos o un cabaret de tango argentino en París, y en México los futbolistas, los médicos republicanos españoles, o la presencia de los argentinos. Son historias pequeñas que damos a conocer a un público fuera del ámbito académico, porque hay cátedras, diversos historiadores que trabajan ese tema, pero de manera muy seria. Nosotros no somos eso, existimos para difundir y dar a conocer.

En este tiempo también he escrito bastante sobre el exilio, sobre Severo Sarduy en París o Stefan Zweig en Brasil. Es un tema muy rico porque para mí la punta extrema del exilio es la escritura. Cada escritor es un exiliado, el suyo es un mundo que se reinventa y tiene que reinventarse por definición. La Casa Refugio es muy pertinente porque cada uno es el embajador de su lengua, de su cultura, de su mundo, de sus personajes, de sus ideas, etcétera. Entonces, esa pequeña isla que es un escritor es capaz de hacer muchas cosas si le provees un espacio donde desarrollar sus obras. Este sitio me ha ayudado a reflexionar sobre esas temáticas, que también me atañen porque soy un extranjero en México: hay una resonancia grande entre lo que ellos sienten y lo que yo puedo sentir.

El año pasado publiqué *Escritores vagabundos*, que habla de cómo un escritor tiene tres razones posibles para trasladarse a otro país: o es un errante, un personaje que quiere tener experiencias y alimentar su escritura, lo cual es muy anglosajón; o es un cruzado, como Antonin Artaud que llega a México porque quiere ver a los tarahumaras, quiere salvar al mundo, y no ve el país, no entiende nada, no le importa nada; y la tercera razón es el exilio forzado. He trabajado esos temas y los mezclo.

En México hay un gran respeto hacia el exilio. Este país entendió desde hace mucho que los exiliados son una ganancia y no un peso. Pero México tiene también una forma especial de xenofobia que es —lo sé, soy extranjero— por exceso: a priori eres formidable porque eres francés. Donde todo es positivo, terminas por tener la sensación de que quien lo dijo no es con-

fiable. Tampoco me gusta la contraparte, el racismo que hay entre los franceses que dicen que los árabes son la peor gente del mundo. Las dos cosas son un poco tontas. El mundillo literario mexicano asimila de vez en cuando a un escritor exiliado, le gusta, tiene lugar la amistad, pero eso hay que provocarlo, no es natural.

En el año 2000 hicimos un encuentro en el Instituto Goethe, donde habló el poeta Xhevdet Bajraj, un autor de Kosovo que escribía en albanés. Fue el segundo habitante de la Casa Refugio y se quedó en México, habla español y ahora es mexicano. Es un hombre muy noble, muy interesante. Pero cuando llegó estaba muy angustiado. Había vivido una experiencia muy violenta en Kosovo durante la Guerra de los Balcanes en 1999. Decía todo con mucho pudor. En un texto contaba cómo los serbios mataron a su perro de un balazo en su casa, y él tenía una relación muy especial con él, estaba escondido y no pudo salir. Era una forma de tortura. Él quiso hablar en uno de nuestros encuentros, pero tenía un español muy malo. Decidió que leería su texto en albanés, y que Vjollca, su esposa, lo traduciría, lo cual era muy latoso. A mi lado estaban Álvaro Mutis y Édouard Glissant. Xhevdet patinaba; de pronto empezó a ser realmente complicado entenderlo, se desesperó y tiró su discurso al suelo: tener dificultades para expresarse es peor para un escritor que para cualquier otra persona, porque el lenguaje es su materia prima. Entonces comenzó a hablar en español; improvisaba. Sólo dijo tres frases: “Hay un dicho popular en mi país, que es ‘la vida escribe novelas’; después de lo que he vivido sé que la literatura la escribe la muerte”. Todo el mundo se quedó pasmado. Álvaro Mutis lloró y lo fue a abrazar.

Es interesante ver las diferencias en las mentalidades; por ejemplo, para los que vinieron de la ex Yugoslavia, un serbio y un kosovar, fue complicado entender que yo no era un funcionario de Estado. Ellos siempre habían tratado con un tipo que estaba en el poder, y al principio pensaron que yo era esta persona. En otra ocasión, Alaaedin, un poeta sirio hospedado en la Casa, hablaba de su país, su hijo estaba en la guerrilla, y aunque la gente está acostumbrada a las imágenes de Siria que pasan en la televisión lo cierto es que nunca nos ha quedado claro qué se está jugando en el conflicto. El poeta lo quería explicar y no lo lograba, así que abandonó la discusión, y después insistió. Es obvio que lo que sucede en su país le consume la vida, y que no puede hablar de otra cosa.

El exilio también tiene algo de encuentro, y eso lo propicia la Casa Refugio. Un día, por ejemplo, vino a comer conmigo un gran poeta del mundo árabe que se llama Adonis, un sirio-libanés que vive en Francia, a quien conozco desde hace mucho. Alaaedin estaba en la Casa, así que lo hice llamar para presentarlos. Ver a la Virgen de Guadalupe le hubiera resultado menos impresionante: Alaaedin se puso lívido, para él Adonis era Dios. En otra ocasión un argelino que vino escribió una novela que ocurre aquí. En ella cambió toda la realidad, pues contó un encuentro que tuvo con Mutis y Glissant absolutamente al revés de como sucedió. Él había salido mal parado, y estaba tan enojado con eso que quiso contarlo como le hubiera gustado que fuera.

Hace tiempo tuvimos cambios en la asociación civil, y ahora nuestro presidente es Vicente Rojo; además contamos con dos nuevos miembros, El Fisgón y Lydia Cacho. Ambos tienen un enfoque nacional, y nos han dicho que si somos un sitio tan importante en la lucha contra la intolerancia y la censura, tenemos que hablar de lo que ocurre aquí, de los feminicidios, los migrantes, las injusticias que vemos en el país... Estamos montando un proyecto en torno a la formación de terapeutas que siguen a periodistas en peligro. El país necesita este enfoque práctico. Hay muchas cosas que se entrelazan y será una etapa nueva. También seguiremos haciendo las cosas que hemos estado haciendo, de la misma manera, con el mismo estilo. Queremos usar el mundo mediático, pero comunicar de otra forma, como parte de este espíritu original que ha animado la vida de la Casa Refugio desde su creación. No solamente estamos para recibir a los autores exiliados, es el sentido de nuestra institución, pero también queremos que la Casa tenga vida, propuestas, producción, presencia.